

lo. Resplandecía el sepulcro del santo rey con el brillo de la plata entre augustos sarcófagos, y al pié del sepulcro el oficiante, asistido de varios eclesiásticos, ofrecía al cielo el mas sublime de los sacrificios. Sobre las gradas del altar se arrodillaba humildemente un viajero, un descendiente de este gran santo. Sentíme completamente trasportado, é invoqué para mi familia ausente la intervencion de aquel que supo unir a las hazañas de la espada, el fervor de la oracion. Esta misa de la mañana, oída en una capilla de la gran catedral, cerca del sepulcro de Fernando, quedará siempre en mi memoria como un noble y fortalecedor recuerdo.

De ahí nos dirigimos a la orilla del rio para embarcarnos en el vapor «San Telmo,» y fué necesario decir: ¡Adios, Sevilla! El buque humea y páрте; el encantado palacio de San Telmo desaparece detrás de los árboles de las Delicias; el rio forma un codo, y sobre las verdes llanuras no se percibe ya mas que la imponente catedral, con su poética giralda que se lanza majestuosamente al cielo. Algunos instantes más, otra vuelta, y Sevilla con sus palacios moriscos, sus bosques de naranjos, sus seductoras mujeres, y sus corridas de toros, solo será un dulce sueño desvanecido! Pero este sueño conservará en mi memoria una frescura y una juventud eternas.

## CAPÍTULO CUARTO

### GRANADA Y LOS MOROS

20 de Setiembre de 1851.

Por la mañana nos encontramos enfrente de la roca monstruosa que se levanta como un Titan gigantesco sobre el Océano y el Mediterráneo: de cada parte que se la contempla, presenta a la vista un aspecto siempre nuevo. Gibraltar tiene el poder de atraccion, a la vez seductor y horrible, que no deja nunca de ejercer la grandeza destructora. Lo que excede de las proporciones ordinarias de la naturaleza y de la vida de todos los dias, subyuga el corazon del hombre y le atrae con una fuerza magnética, como las olas espumosas de un remolino. En la grandeza destructora residen la hermosura y el atractivo de Gibraltar; esa roca gigante, calva, desnuda y calcinada por los rayos del sol. La ciudad nada tiene de grandioso, sus casas están limpias y bien conservadas, pero son pequeñas é insignificantes; todo tiene un carácter de pequeñez y de comodidades de aldea; es un lugar de guarnicion con su sello militar y prosaico, de donde el espíritu práctico y frio de Inglaterra ha desterrado el romanticismo hispano-morisco. Son las costumbres de la casaca roja trasplantadas en el suelo ardiente del Mediodía. Para el comercio Gibraltar es una estacion muy segura, pero que todos atraviesan, sin permanecer en ella.

La gran plaza de armas, entre el parque y la ciudad, está adornada con soberbios árboles que merecen admirablemente su nombre español de *sombra*. Por el contrario el parque, que se extiende

hasta subir a las colinas, y que ofrece en muchos puntos encantadoras perspectivas, estaba enteramente seco a causa de la estación. Aquí se encuentran dos monumentos curiosos: el busto de Wellington colocado en una columna al pié de la cual está puesto horizontalmente un gran cañon, y la estatua del valiente Elliot, tenaz defensor de Gibraltar. Lo grotesco de esta estatua excede a cualquiera descripción: con su inmenso sombrero tricornio en la gran cabeza adornada con una peluca con coleta, las piernas semejantes a husos, teniendo en su enorme mano las llaves doradas de la ciudad, el viejo héroe en pié sobre una lápida de mármol, tiene el aspecto de un fantasma gigantesco que se pasea en las calzadas del parque. Preciso es convenir en que los pobres ingleses están muy atrasados en las cosas de arte: conocen las comodidades y el *non plus ultra* del *bienestar práctico*; pero el arte es un accesorio que no comprenden; son todo lo contrario los italianos, tan apasionados *per le belle arti*. Estos, por puro amor al arte, tiritan de frío en sus palacios inmensos, bajo sus artesonados pintados al fresco, sin cuidarse de la molesta compasión que inspiran a los extranjeros. Los alemanes y los franceses son los únicos que han sabido asociar el arte a las comodidades de la vida.

Gibraltar, 22 de Setiembre de 1851.

Una hermosa y ancha vía trazada entre pintorescas rocas y agradables villas costea el parque, atraviesa la plaza de armas, y conduce hasta una puerta, sobre la cual el águila imperial, que no se ha quitado de allí, recuerda aún la antigua dominación de los Hapsburgos. Por esta puerta entramos a la ciudad para dirigirnos al *Convento*, donde nos esperaba un *lunch* en las habitaciones del amable gobernador. Ignorantes, como entonces lo estábamos, de las costumbres inglesas que permiten a los convidados pedir lo que gusten y aun tomarlo, sufrimos el suplicio de Tántalo saboreando con el olfato el aroma de los asados, y limitándonos a pequeñas bien insignificantes. Cuando nos preguntaban lo que deseábamos, respondíamos de una manera evasiva, y los prácticos ingleses deben habernos creído miembros de alguna sociedad de templanza, no obstante que estábamos bien hambrientos.

Hubo en la noche una brillante comida en honor nuestro en la sala principal de la antigua iglesia del convento. Todo lo que había de *gentlemanlike* en Gibraltar llenaba los salones del gobernador. Las armonías del himno nacional nos dieron la bienvenida más amable y digna, y nos proporcionaron la ilusión de que estábamos en una fiesta patriótica. El viejo gobernador, con grande uniforme de general de artillería y cubierto de las más honrosas condecoraciones militares, salió afectuosamente a recibirnos, y después de las presentaciones de costumbre, en las cuales la vieja Inglaterra procede siempre con alguna torpeza, cada uno tomó del brazo a una compañera, y nos dirigimos al comedor, resplandeciente de luces é ingeniosamente adornado con banderas de los regimientos que están de guarnición en Gibraltar.

Nos rodeamos de la mesa, y yo tomé asiento entre el gobernador y su amable señora. Aquí tuve diferentes materias de observación, porque en casa de sir Roberto se come a la antigua moda inglesa: los ayudantes están a los extremos de la mesa y son quienes sirven; trinchan y manejan gravemente y con dignidad las grandes piezas, y algunas veces los animales enteros. Cada convidado tiene al frente una botella de Jerez y un frasco lleno de agua. Como todo esto era nuevo para mí, tenía gusto en poder estudiar al natural las costumbres hereditarias de la altiva Albion. En el acto de instalarnos, la concurrencia se levantó de nuevo: por un instante permanecí sentado y en la mayor consternación: creí que el furor de los brindis, tan genial de los ingleses, comenzaba aun antes de que el estómago tuviese tiempo de fortificarse. Pero el gobernador dirigió algunas palabras a un personaje que estaba sentado frente a él, y el arcedian recitó una oración: al punto me puse en pié, contento de ver perpetuar la antigua y hermosa costumbre de comenzar la comida consagrándola con un pensamiento religioso. Desgraciadamente este hábito ha caído en desuso en nuestros países católicos, donde la moda, que es la verdadera religión de las clases ilustradas, impide que uno deje ver a su prójimo que aun piensa alguna vez en el Dios de sus padres. A nosotros los extranjeros nos parece ridícula la costumbre inglesa de invitarse a beber los unos a los otros, y sin embargo esto tiene algo de amable y de afectuoso: casi todos los convidados

buscan con una mirada inquieta a través de los floreros y de los adornos que están sobre la mesa a la persona que quieren distinguir, ó si está demasiado lejos para que pueda llegarle la voz, la hace prevenir por medio de un criado; pone algunas gotas de jerez, lo cual hace el convidado punto por punto, despues ambos se dirigen una mirada fija, y sin mover los labios inclinan la cabeza a la manera de un saludo, beben, y todo está dicho: practicada esta ceremonia con una flema increíble, recuerda bastante las fisonomías de las pagodas chinescas.

Despues del servicio principal, cuando se han consumido los asados, la servidumbre retira todo lo que hay sobre la mesa hasta los vasos y las servilletas, y ponen sobre el mantel nuevos vasos en pequeños trastos con agua fresca que sirve para lavarse las manos y la boca al fin de la comida. Las personas sentadas a la mitad de la mesa están provistas de grandes botellas llenas de los principales vinos. Se comen algunas cosillas insignificantes, y despues de esto el dueño de la casa hace oír el reclamo tradicional: «*Gentlemen, will you charge your glasses*»;<sup>1</sup> cada cual segun su preferencia se provee de cerveza, jerez ó burdeos, y entónces comienza la série de brindis.

El digno anciano se levantó, y quedamos agradablemente sorprendidos al oírlo brindar en aleman por la salud de nuestro muy amado soberano. Aunque la gramática bien pudiera tener de que quejarse, aquellos votos nos llegaron al corazon porque eran expresados en nuestra lengua materna. Conforme a la costumbre inglesa, todos permanecieron sentados, con excepcion del dueño de la casa, y las muestras de aprobacion se manifestaban dando con las palmas de las manos sobre la mesa, lo que en masa no parece mal. En aquel momento resonó en la sala el himno austriaco: «*Dios conserve.....*»

Despues de los brindis, las señoras dejaron la mesa, y se dirigieron al salon para esperar a los hombres que continuaron tranquilamente bebiendo y conversando: presenta un aspecto bastante cómico ver á las pobres señoras desfilas humildemente por ambos lados de la mesa y salir por órden de los señores. Muchas gentes

<sup>1</sup> Señores, llenad vuestras copas.

reprobaban esta costumbre como bárbara; pero a mí no me desagradaba: es bueno que las mujeres sepan que deben obedecer a los hombres, y la inmoralidad francesa nos enseña hasta dónde puede conducir la exageracion de una insulsa y absurda galantería hácia el bello sexo. Concluido el café nos reunimos con las señoras en el salon, y despues de haber cambiado algunas expresiones de urbanidad, nos retiramos. Con una noche espléndida y a través de las olas de una mar luminosa, Austria regresó a su palacio flotante.

Gibraltar, 23 de Setiembre de 1851.

Por la noche di a bordo de la fragata una gran comida a la vieja Inglaterra: ademas de sir Roberto, convidé al capitán general español Calongi. En memoria del brindis de la víspera, a mi vez, brindé en inglés por la salud de *little Queen*, despues de lo cual se pronunciaron algunos otros brindis. La música militar tocó el *God save the Queen*, el *Hymna burbonica*, y el magnífico: «*Dios conserve al emperador.*»

Tan luego como terminó aquella comida, pasamos al Covento a tomar parte en un baile con que el gobernador obsequió a sus huéspedes austriacos, y a pesar de las fatigas y de las correrías del día, bailamos valientemente. En materia de baile, las hijas de Albion van muy atrás de nuestras jóvenes alemanas: en el valse, por ejemplo, cualquiera de nuestras aldeanas es una reina en comparacion de estas nobles señoras que se mueven pesadamente y sin gracia. Pero su famosa reputacion de hermosura estaba en juego; dos personas se disputaban la manzana de la discordia, una inglesa, belleza calmada, serena y perfecta, de facciones regulares y de cutis blanquísimo, y una andaluza graciosa y ardiente, con cabellos de ébano, ojos llenos de brillantez y dulzura, hermosa como un sueño de amor, ligera como una gacela. La eleccion era difícil: escoged entre un hermoso día de verano en la fresca y tranquila naturaleza del Norte, y la noche española iluminada con la luna, en los bosques de naranjos enlazados con jazmines! . . . .

Granada, 30 de Setiembre de 1851.

En el centro de la antigua ciudad real, en la hermosa é interesante plaza de la Constitucion, se encuentra el venerable palacio de invierno de los reyes moros, actualmente palacio municipal. ¡Cuánto se indignarian los viejos monarcas si pudiesen leer la palabra *constitucion* en el frontispicio del antiguo asiento de su despotismo! En esta plaza se dieron por primera vez en España, como ya he dicho en otra parte, las magnificas *corridas* que, en su origen, no eran combates, sino solamente juegos. Allí soltaban a los toros, bajo el balcon real, y los moros ejercitaban su valor y su fuerza luchando contra su adversario; pero sin matarlo con la *espada*. La caballería cristiana, por su amor a los combates dió a esta diversion un carácter mas serio. En Granada fué donde vine á descubrir el verdadero origen de estas fiestas: ¿debemos atribuirlo a los moros ó a los antiguos godos? No hallaba qué opinion adoptar, porque no podia formarme idea de los moros con su gravedad solemne y su traje oriental en presencia de un toro; miéntras que el furor, un poco salvaje y la bárbara energía de los antiguos godos, me parecian mas a propósito para esta clase de lucha. Esta costumbre morisca ha desaparecido completamente en África, a la vez que trasplantada por la caballería entre los inquietos y vigorosos hijos de la Península, ha recibido una vida nueva y sobrevive a todas sus revoluciones. Hoy, en nuestro siglo que se dice humanitario, entusiasmo y alegría al ardiente pueblo de España y a los extranjeros recién llegados.

La anécdota siguiente demuestra cuán importante es el papel que el toro, en general, representa en el país. Cuando la princesa de Montpensier vino por primera vez a Tarifa, donde hacia largos años que no habian visto un vástago real, la fiel poblacion imaginó que la manera mejor de hacer patente su alegría, era soltando toros por toda la ciudad. Fácil es de comprender la sorpresa de todas las personas que andaban en la calle: cada una se procuró un asilo, y todas las puertas se cerraron. Por la noche, bastante tarde, iba una dama de honor para su habitacion que estaba fuera del alojamiento señalado a la duquesa, cuando al atravesar una

calle se le aparece repentinamente uno de los animales de la fiesta: asustada la dama, quiso volver atrás; pero, ¡oh desesperacion! un nuevo monstruo venia por la otra extremidad de la calle. Todas las puertas están cerradas, y la situacion es verdaderamente crítica, como que va en ella la vida. Solo un *matador* seria capaz de obtener aquí un doble triunfo . . . nuestra *doña* estaba perdida; pero una puerta se abre furtivamente, y la cuitada mujer encuentra un asilo, sin otro daño que el miedo que sufrió. Esta anécdota, que supe por boca del amable duque de Montpensier, pinta de una manera enérgica las costumbres españolas.

Nos dirigimos luego a la imponente catedral para visitar su parte interior: a la sazón que entrábamos tocaban el órgano, cuyos sonidos roncós y chillones turban de una manera desagradable la calma religiosa de la iglesia. Felizmente esta música, poco edificante, no duró mucho tiempo. El sonido del órgano, en general, no me agrada demasiado, jamás me parece puro y claro, y muchas veces creo que no es dulce y tierno: tiene algo de mecánico, se oyen mucho los fuelles y los suspiros del aire, aunque en los raros momentos que no sucede esto, el efecto que hace es grandioso y sublime: se cree entónces oír las armonías de las esferas celestiales, y nada corresponde mejor a la magnificencia y a la majestad del culto católico.

Dejamos el centro de la iglesia para buscar los recuerdos de la historia en la notable *Capilla Real*. Esta capilla estaba iluminada con cirios, que es la luz que mas conviene para la contemplacion atenta y recogida de las obras del pasado: se halla separada del templo por una hermosa reja de hierro, tras de la cual resplandece, con el brillo de los colores y de los dorados, un altar gótico maravillosamente esculpido; venerable monumento de una época poética en que reinaba una piedad infantil. Aquellos rostros sencillos y expresivos, aquellos adornos ingeniosamente enlazados, están llenos de gracia y de encanto. Llamán principalmente la atencion dos bajorelieves, de los que uno representa al infortunado rey de los moros Boabdil, saliendo de la Alhambra para entregar a Fernando, su vencedor, las llaves de la fortaleza: en el otro se ven varias mujeres moras con las cabezas inclinadas sobre la fuente bautismal, recibiendo la consagracion de la fe cristiana. Estas dos obras son

curiosas por los ropajes de las figuras, que difieren sensiblemente de los trajes moriscos que se usan hoy. Pero son aun mas interesantes cuatro retratos esculpidos en madera y pintados de colores, de Fernando, de Isabel, de Felipe, y de su hijo el gran Carlos V. Felipe, a quien se llamó el *Hermoso* por sus contemporáneos, tiene las facciones grandes y pronunciadas de los Hapsburgos, que caracterizan tambien el rostro de su padre, Maximiliano, y que tienen algo del carácter típico peculiar de aquella época. Cada siglo y cada país tienen sus tipos particulares, sus fisonomías que se reconocen fácilmente; y de este género es la fisonomía del gran príncipe alemán, del noble Max, que ha legado esta herencia a sus descendientes. Si hemos de juzgar a la gran Isabel por el vestido con que está cubierta, debe haber sido fría y austera, altanera y piadosa, y de un carácter enérgico. Yo creo que Fernando fué el *católico* mas insignificante. La imagen de ambos esposos se encuentra otra vez en las sacristía, donde nos enseñaron dos sarcófagos de mármol blanco; cada uno tiene encima dos estatuas acostadas, de una ejecucion admirable: graves, solemnes, parecen cadáveres de piedra: en el uno se reconocen a Fernando é Isabel; en el otro a Felipe el Hermoso y Juana la Loca; Carlos V, hijo de estos últimos, mandó levantar en su memoria esa magnífica sepultura. El primero de los sepulcros tiene el sello de una época rigidamente católica: el segundo está revestido con esos ricos adornos medio cristianos y medio paganos que tanto convenian al gusto mas delicado, pero ménos elevado del siglo diez y seis. Contemplaba yo las imágenes de mis progenitores tan hermosos con la fisonomía de la muerte: fueron grandes hombres que tuvieron un digno lugar en la historia, porque representaron su papel en la vasta escena del mundo.

Fueron tronco de una poderosa dinastía que ha reinado en muchas partes, y ahora descansan abandonados en una capilla solitaria: «*vanidad de vanidades!*» En otro tiempo vivieron circundados por el esplendor de una corte numerosa; hoy un sacristan, vestido miserablemente, toma una antorcha, abre la puertecita de hierro y me conduce por una estrecha escalera a una bóveda baja y fría, donde la verdad se muestra triste y desnuda y me recibe con una ironía siniestra. Jamás penetran hasta allí las miradas

de los olvidadizos herederos. El corazón se oprime al ver esas reales parejas que en su vida fueron tan poderosas y tan altivas, encerradas en su estrechos ataúdes, y el horrible *memento mori* resuena como un fúnebre tañido hasta el fondo del alma, y me hace temblar.

En toda España yo era el pariente legítimo mas próximo de aquellos pobres muertos, sí, mas próximo que los soberanos y los príncipes del país, y sentí cuán durable es el sentimiento del parentesco aun despues de muchos siglos: mi alma se llenó de tristeza al ver que aquellos ilustres cadáveres estaban abandonados así. La nueva dinastía real no piensa en ellos; solo yo estaba allí, con mi sencillo vestido de viaje, junto a las tumbas de aquellos, cuyo trono, donde el sol no se pone, ocuparía mi familia, si no hubiese existido Carlos II.

Tambien encontré en la oscura bóveda los restos de D. Miguel, hermano mayor de Carlos V, que murió a los trece años de edad de una caída de caballo. La existencia y el desgraciado fin de aquel príncipe, que por los decretos del destino debía dar lugar a uno de los mas grandes hombres que ha visto el mundo, me habian sido hasta entónces desconocidos. La historia no menciona esas cortas existencias, y Clío solo consigna en sus libros los nombres de las personas que ejecutan grandes cosas ó que se atraviesan en el camino del progreso: la historia no reconoce mas que a los que la forman ó a los que la resisten. Causa tristeza pensar en tantas existencias ahogadas de esta manera; pero ¿qué sería del mundo, si todos los que nacen llegaran a ser grandes hombres?

Comenzaba el crepúsculo a penetrar bajo las bóvedas misteriosas, como un velo sombrío extendido sobre el imperio de la muerte; el *Cuasimodo* abrió una piececita, hizo dentro de ella cierto rumor en la oscuridad, y volvió a aparecer con las insignias reales de Fernando el Católico y el libro de oraciones de la reina Isabel. Aquellos objetos que los señores y los pajes se disputaban en otro tiempo el honor de llevar, eran enseñados ahora por el bedel de la catedral al viajero extranjero. Toqué el círculo de oro y la espada ántes tan poderosa, con un sentimiento mezclado de orgullo, de codicia y de melancolía. ¡Qué hermoso, qué brillante sueño para el nieto de los Hapsburgos españoles blandir la espa-